
Extranjería e identidades interrogadas en *Asalto al paraíso* (1992) de Tatiana Lobo

Questioned Identities and *Extranjería* in *Asalto al paraíso* (1992)
by Tatiana Lobo

EMILIE BOYER

Universidad de Poitiers, Francia
emilie.boyer86@gmail.com

Resumen: A partir del concepto de polifonía desarrollado por Bakhtine, estudiamos las modalidades de definición de la mismidad y de la otredad en la novela *Asalto al paraíso* de Tatiana Lobo, situada en el marco de la conquista de Costa Rica a inicios del siglo XVIII. Dado el contexto, en este artículo, es imperativo considerar las figuraciones de la alteridad entre autóctonos y españoles a partir de la relación dominado/dominante. Dicho esto, el objetivo de este trabajo es demostrar que la autora también reflexiona sobre la construcción identitaria en el plano individual. Partiendo de la noción de “extranjería” evocada por Lobo en una entrevista, mostramos que su literatura, y particularmente *Asalto al paraíso*, no solo desafía la Historia oficial –como ya ha sido evidenciado por la crítica–, sino que traduce una preocupación más íntima de la autora: la construcción del ser constantemente sometido a la mirada del Otro.

Palabras clave: novela costarricense, Tatiana Lobo, conquista, identidades, alteridades, polifonía

Abstract: Beginning with Bakhtin’s concept of polyphony, we study the patterns involved in the act of defining the self and the act of defining the Other. Even though the context of the conquest of Costa Rica at the beginning of the eighteenth century forces us to take into account representations of alterity between the indigenous and the Spanish, representations fixed within the binary of the oppressor/the oppressed, the objective of this study is to demonstrate, in addition, the ways in which the author also reflects, more extensively, on identity constructs at the level of the individual. Beginning with the idea of “extranjería,” evoked by Lobo in an interview, we show that her literature, and especially *Asalto al paraíso*, not only challenges Official History, as criticism has already documented, but translates as well a more intimate, private concern of the author: the construction of human beings repeatedly subjected to the gaze of the Other.

Keywords: Costa Rican Novel, Tatiana Lobo, Conquest, Identities, Alterities, Polyphony

Recibido: junio de 2023; **aceptado:** agosto de 2023.

Cómo citar: Boyer, Emilie. “Extranjería e identidades interrogadas en *Asalto al paraíso* (1992) de Tatiana Lobo”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 45 (2022): 43-56. Web.

Introducción

Tatiana Lobo era sin duda una de las voces más destacables de la literatura centroamericana contemporánea. Conocerla durante un viaje de investigación en América Central en el 2018 fue muy enriquecedor tanto desde el punto de vista científico y literario como personal. Es un honor haber podido conversar con ella sobre literatura, identidad y política durante varias horas ritmadas por sus carcajadas y sus comentarios siempre ingeniosos sobre la actualidad de Costa Rica y de Francia. La interrogación que funda este trabajo cruza las reflexiones desarrolladas en nuestra tesis de doctorado con una noción singular que nos ha quedado de nuestro intercambio con la autora en 2018: la de “extranjería”. Ha sido demostrado ya en varias ocasiones (ver González Muñoz; Marchio; Salas Zamora y Ramírez Gätgens; Salazar Horr) que el aporte de *Asalto al paraíso* de Lobo a la representación de los marginados en la Historia costarricense ha sido mayúsculo. *Asalto al paraíso* (1992) es reconocido como un texto fundamental para la valoración de la presencia de las comunidades indígenas en el país –negada durante mucho tiempo– y más particularmente del violento proceso de colonización de estas poblaciones a principios del siglo XVIII. Mediante la ficción e incursiones en el ensayo, Tatiana Lobo contribuye desde 1992 a romper con el proceso de mitificación de la identidad nacional que hizo de Costa Rica un país “diferente” en la región, más pacífico y blanco, la “Suiza de los Trópicos” (ver Acuña Ortega). Uno de los objetivos de la autora es contrarrestar el discurso de la Historia oficial que ha hecho de Costa Rica una excepción en la región al negar la historia colonial y la importancia de sus poblaciones autóctonas. La redacción de *Asalto al paraíso* necesitó un largo trabajo de la autora con las fuentes del Archivo Nacional. Lobo reivindica entonces la voluntad de colmar un vacío dejado por los historiadores poco animados en esa época, según ella, a tratar la época de la Colonia y la herencia autóctona del país. De origen chileno-alemán y ceramista de formación, desde su primera novela, la autora contribuye a desestabilizar la construcción hegemónica del discurso histórico justo cuando surgen o reviven manifestaciones, debates y reflexiones acerca del legado colonial en las sociedades latinoamericanas a lo largo de todo el continente. *Asalto al paraíso* se inscribe inevitablemente en este esfuerzo por volver a pensar la historia política y social de la región desde nuevos ángulos y paradigmas que resaltan la continuidad de relaciones de poder marcadas por el racismo, la marginalización y el colonialismo. Sin embargo, la escritura de la novela satisface también un deseo más íntimo de la autora: el de rendir homenaje a la comunidad bribri con la que ha vivido y trabajado en proyectos de cerámica. Durante la conversación que tuvimos con ella en 2018, nos contó en efecto lo transformador que resultó ser tal experiencia:

El asunto es que, para llegar a la primera comunidad indígena que elegí que era en Talamanca, en la costa del Caribe, no había una autopista que hay ahora, no había nada de eso, había que irse por Turrialba. Era muy difícil llegar hasta allá y luego había que cruzar ríos. Era una aventura. En 1975. Y fue para mí una sorpresa y una experiencia absolutamente definitiva y definitiva, que cambió mi mentalidad, que cambió mi ma-

nera de estar en el mundo, me cambió completamente, me puso patas arriba. Y estaba muy grande, sobre todo esta comunidad en Talamanca llamada Rancho Grande que era un clan. [...] Entonces, [...] la jefa del clan al que yo llegué, Adela, era en esos momentos una mujer entre los 50 y 60 años y me contaba su vida sentimental [...] Ellos [*cantaban*] “canciones”, canciones que tenían una importancia religiosa, formaban parte de su cosmovisión. Y llegamos a tal grado de intimidad, de amistad, que Adela, a la que le dedico yo *Asalto al paraíso*, me las cantaba. Entonces a veces estábamos en la noche, –eso era fantástico–, yo tirada en mi hamaca, ella tirada en la suya, ella cantándome sus canciones, que eran de corte sagrado, que no las cantaban normalmente, sino que solo para ciertas situaciones y yo cantaba a Violeta Parra que me pareció que era lo más cercano que había. Los hijos me decían “hermana”, cuando me avisaron que había muerto Adela, que yo tenía ya unos años de no verla, tres años una cosa así, me dijeron “murió su mamá”. O sea, me aceptaron en el clan, primero porque era mujer, segundo porque era tan extranjera como ellos en Costa Rica. (Boyer 709)

Basándonos en la noción de extranjería evocada por la autora misma, veremos entonces demostrar que, si bien *Asalto al paraíso* participó de un proceso de desmitificación de la identidad nacional costarricense, las cuestiones de identidad tratadas no se resumen al conflicto entre españoles e indígenas en la época colonial, pues traducen una interrogante más global de la autora por los criterios de definición de la identidad individual. Desde la Conquista, las poblaciones autóctonas han sido consideradas como el Otro por excelencia (ver Todorov) en la Historia escrita desde un punto de vista occidental. Si aquí preferimos usar el término de “extranjería” en vez de “alteridad”, no es sólo para rendir homenaje al léxico utilizado por la autora, sino también por el vínculo etimológico que une la extranjería con lo extraño: lo que extraña por ser inusual, inhabitual, fuera de la norma. Este proceder nos permitirá estudiar de manera más pertinente las diferentes sensaciones de extranjería que se suceden, se superponen o se entrecruzan en la novela. La extranjería nos parece también más íntima y la concebimos como la sensación más existencial de “no pertenecer”. En efecto, en la novela se desarrollan varios procesos de la difícil construcción de la identidad que traducen la dialéctica compleja entre auto-representación y exo-identificación, ya que la imagen de sí que el ser construye puede entrar en sintonía o en conflicto con la visión que proyecta el Otro. Uno de los recursos clave utilizados por la autora es el uso de una polifonía sabiamente organizada, la cual analizaremos. Si en un primer momento no podemos obviar el tratamiento complejo de los recursos de definiciones del Otro indígena, demostraremos que la novela vehicula una obsesión por la identidad, sobre todo porque es percibida como problemática, que no encaja en las normas de una época o de una categoría social. Terminaremos el análisis con un estudio del uso del espejo dentro de la diégesis, partiendo de su calidad de símbolo de la introspección identitaria.

1. El contexto colonial: identidades y discursos en tensión

Asalto al paraíso cuenta las aventuras del sevillano Pedro Albarán en Cartago, a principios del siglo XVIII, en el territorio de la actual Costa Rica. Pedro Albarán hizo el viaje hacia las Américas para huir de la Inquisición después

de haber pronunciado palabras interpretadas como hostiles a la realeza en la taberna dirigida por la Chamberga. Después de una estancia en las cárceles de la Inquisición, consigue huir de España, viajar a las Américas e instalarse en un convento de Cartago, ciudad en la que logra obtener el puesto de escribiente del Gobernador. Luego, Pedro Albarán emprende una segunda huida tras enterarse de que la Chamberga ha llegado al continente y lo está buscando. Una petición oficial le permite esconder el verdadero motivo para salir de Cartago: tiene que atravesar la selva y llevar hasta Chirripó, Talamanca –región en la que los españoles fundaron misiones–, a la Muda, una mujer indígena acusada de haber seducido a un cura del convento, y a Hernández un convicto acusado de abusar a su hija (ver Lobo 131-132). En el transcurso de este viaje, Pedro se enamora de la Muda, con quien vivirá en una playa durante varios años, en compañía de Gerónima –la hermana de la Muda– y dos negros nombrados por Pedro Babí y Bugalú. El personaje, ante la muerte de la Muda durante la labor de parto de su segundo hijo, abandona al niño y regresa a Cartago acompañado únicamente de su hija mayor, justo en el marco de las represalias españolas ante una importante insurrección indígena.

Aunque el punto de vista de Pedro es central, la novela se construye a partir de diferentes voces. Por ejemplo, uno de los capítulos está focalizado desde el punto de vista de Pabrú Presbere, el líder autóctono que encabeza la insurrección indígena de Talamanca en 1709 (ver Solórzano Fonseca s.p.). La escritura de estos capítulos centrados en Presbere son los que mejor rinden homenaje al lenguaje y a la cosmovisión bribri que la autora conoció en 1975. La autora nos indicó que empezó la escritura de la novela con esos capítulos. Asimismo, en los capítulos que exponen las aventuras de Pedro, aparece recurrentemente la voz de Risueño –un zapatero de Cartago con quien Pedro entabla amistad–, que comenta los hechos en una especie de diálogo directo con el lector. Muchas veces nos permite tener una visión crítica sobre los comportamientos de Pedro y crea la sensación de que la Historia se está construyendo delante de los ojos del lector. La estructura de la obra de Lobo corresponde así a la definición de una construcción polifónica definida por Bakhtine en 1929 en su estudio sobre la literatura de Dostoïevski. La polifonía no se resume a una pluralidad de voces, Bakhtine la define como una multiplicidad de “conciencias” que son “centros no reducidos a un denominador ideológico común” (Bakhtine, *Problèmes de la poétique de Dostoïevski* 23).¹ En un contexto colonial en el que tenemos acceso al pensamiento de un español, de un autóctono bribri y de lo que parece ser un criollo –el origen del Risueño no se aclara–, la pluralidad de las conciencias y de los trasfondos ideológicos es evidente. Son, por lo menos, dos los mundos que se enfrentan: el hegemónico asociado con los colonos dominantes contra el de los autóctonos, simbolizado por los personajes de Gerónima y la Muda en el marco diegético de Pedro, pero expresado en los capítulos centrados en Pabrú Presbere.

¹ Nuestra traducción de “centres non ramenés à un dénominateur idéologique commun” (E.B.).

El primer evento en el que participa Pedro establece el contexto violento y racista de la Colonia: de camino hacia una audiencia ante el gobernador con el fin de obtener el puesto de escribiente, Pedro presencia una subasta de esclavos en la que, entre otros, se vende a una mujer negra, Bárbara Lorenzana, quien tiene el cuello torcido “por la argolla de hierro con la cual la habían traído encadenada en la nave esclavista que la sacó de su tierra natal” (Lobo 22). El episodio de la subasta instauro el cuello torcido de Bárbara como recordatorio perpetuo de la crueldad de la empresa colonial y a Pedro como espectador privilegiado de este mundo en el que evoluciona siendo un intruso, ya que huye de la Inquisición y se hace llamar Pedro de la Baranda. Además, al presentar simultáneamente a los dos personajes, se dibuja un paralelismo de destinos que resalta la crueldad del contexto y la centralidad de la identidad étnica en la época. En efecto, el primer capítulo centrado en Pedro comienza con las frases siguientes: “Bárbara Lorenzana y Pedro Albarán llegaron al mismo tiempo a la ciudad de Cartago, durmieron bajo el mismo techo, amaron a la misma mujer y no se hablaron hasta pasados diez largos años. Él nunca olvidó cuando la vio por primera vez, debido a la singularidad de su cogote” (Lobo 17). A pesar de los puntos comunes compartidos –llegada, alojamiento, relaciones humanas–, sus destinos son fundamentalmente diferentes por el lugar que ocupan dentro de la sociedad de la época. Las relaciones de poder son tales que a Pedro solo le basta cambiar de nombre para vivir bastante libre y crecer durante toda la novela. En contraste, Bárbara Lorenzana será para siempre parte de la servidumbre, a pesar de su relación estrecha con Águeda Pérez de Muro, hija del alguacil y esposa del capitán José de Casasola y Córdoba. Pedro pertenece a la hegemonía de la sociedad colonial, gracias, entre otras cosas, a su identidad étnica que lo diferencia de manera radical de las poblaciones del continente:

Pedro ya se había acostumbrado a la composición variopinta de las Indias Occidentales, a la escala cromática de sus innumerables castas, a la revoltura que Europa, África y los aborígenes americanos habían procreado con resultados sorprendentes, como se podía apreciar en las mujeres que allí había, color melaza, membrillo cocho, melocotón en almíbar, desde el negro pizarra hasta la tibia calidez del azúcar moreno, carnosas y protuberantes, nalgudas y pechugonas, y también esbeltas y espigadas. Las había altas y bajas, medias y hasta enanas. Jamás se vio en Sevilla un muestrario de mujeres como el que en esa plaza se veía, y Sevilla era una ciudad cosmopolita. (Lobo 20)

La organización colonial de las relaciones de poder ubica a Pedro en una relación de alteridad frente a las poblaciones sometidas cuyo primer criterio de definición es el color de la piel. Sin embargo, desde el principio, Pedro no solo es extranjero para las poblaciones autóctonas y negras a las que mira con cierta dosis de asombro, sino que también mantiene una distancia ante la sociedad de la que forma parte y sus representantes a los que mira socarronamente:

Pedro pensaba que los indios, con toda seguridad, huían de su implacable lengua, y les daba la razón, solidarizándose con ellos en contra del misionero, quien más parecía un caballero andante con adarga y coraza que un hijo del hermano del siniestro lobo, de quien venía siendo algo así como un sobrino. (Lobo 77)

Con esta reflexión sarcástica, Pedro toma sus distancias respecto al discurso evangelizador de San José y subraya la tendencia militar de una evangelización supuestamente pacífica. Pedro se encuentra entonces en una suerte de doble extranjería que, al principio de la novela, no le impide hacer comentarios racistas sobre los autóctonos y lo coloca innegablemente del lado ideológico de la sociedad colonial.

En contraste, los capítulos sobre Presbere no solo sirven de contrapunto a la visión española-occidental de Pedro –por oponer la cosmovisión autóctona a la de los participantes del proceso colonial–, sino que permiten también descentralizar la identidad enunciativa y alterar la linealidad de la novela, la cual responde a la visión occidental del tiempo. La novela se abre con uno de los capítulos dedicados al líder autóctono: el lector asiste a una ceremonia llevada a cabo por un jefe espiritual, o Kapá, dentro de una cueva, en la que participa Presbere. Desde ese primer capítulo, la configuración de la identidad heroica de Presbere permite al lector anticipar la insurrección que tendrá lugar mucho más tarde en la novela. Cuando el líder recuerda la llegada de los españoles al país, busca consuelo: “Pa-brú Presbere buscó otra idea que le trajera consuelo. Y la encontró: los señores del aire y de la tierra le habían dado la vida para que pusiera remedio al terrible daño que causaban los extraños con su crueldad y su codicia. Ese era su destino, grande, importante. Se sintió mejor, se sintió consolado” (Lobo 16). De antemano, el lector entiende que, para honrar su identidad de héroe, es probable que el futuro del personaje se exprese en una acción heroica en contra de los españoles. A nivel narrativo esto crea suspenso y, en el plano de la “conciencia” evocada en la teoría bakhtiniana, permite que el lector se aproxime a la temporalidad de la novela desde el punto de vista de la cosmovisión autóctona: como el nacimiento está altamente determinado por las deidades y el futuro se conoce mediante la profecía –como ha sido demostrado en el caso de las civilizaciones mayas (ver Montejo 137)–, el lector sabe lo que va a pasar en el futuro inmediato antes que los españoles y que Pedro. Y, en efecto, los títulos de los capítulos focalizados en Presbere aumentan esta anticipación: del sueño de Presbere pasamos a “Pa-brú Presbere recibe un mandato del Kapá”, luego a “Presbere se prepara” y “Presbere ataca”. El lector se aproxima entonces a la historia desde el punto de vista de las condiciones espaciales, temporales y mentales de Presbere y de los autóctonos.

Otra consecuencia transgresora de esta polifonía es una representación inevitablemente polifacética de la realidad que se vuelve más compleja y más crítica e ininteligible. El proyecto ficcional de Tatiana Lobo en *Asalto al paraíso* no puede desconectarse del esfuerzo por hacer que la voz de los autóctonos, de los vencidos, penetre la Historia oficial –siempre escrita por los vencedores (ver Lienhard)–, como lo hemos mencionado en la introducción. Intercalar capítulos desde la focalización de los indígenas en medio de una historia principalmente contada desde la focalización de un español no solo permite ofrecer una versión distinta, sino que visibiliza todos los intersticios imaginables en todas las versiones oficiales (cartas, crónicas...) producidas por los colonos. Así, el lector entreve los intersticios, las voces ausentes en todos los textos escritos desde el

punto de vista eurocéntrico. Evidencia el vacío inmenso que dichos textos trataron de cubrir en vano. Por cuestiones de espacio, decidimos analizar solo un ejemplo y el seleccionado es particularmente subversivo ya que trata de un acto fundamental de la evangelización: el bautizo. Presbere decide dejarse bautizar por los españoles para luego engañarlos mejor. En la escena siguiente, describe su plan al Guerrero Principal para preparar el ataque:

Ahora escucha: yo bajaré a Urinama para que el fraile vierta agua sobre mi cabeza...

—¿No temes su poder? ¿Te crees más fuerte que su dios?

—Soy el enviado de SibúSurá, hablo con las piedras y traigo la cara del Kapá. Esa agua no puede hacerme daño... (Lobo 207)

Notamos aquí que Presbere no habla de bautizo, sino que reduce el acto religioso a su elemento más trivial: verter agua sobre la cabeza, quitándole todo sentido trascendental y volviéndolo así extraño e inofensivo. Este elemento de la estrategia insurreccional de Presbere se vuelve aún más transgresor al entrar en resonancia con otro momento de la novela en el que nos encontramos con la percepción española del evento. Cuando ya ha tenido lugar el levantamiento, los españoles se enteran de la existencia de este líder autóctono bautizado por uno de los responsables de la evangelización de los indígenas, el padre Rebullida. Sin embargo, esta información acaba siendo inútil para organizar la reacción militar española:

La idea de que el sometimiento y la rendición de vasallaje de Presbere fueran completamente fingidas, ponía a Fajardo morado de cólera. Lo que no podía recordar era si Rebullida había bautizado o no al indio, y le parecía que sí, que le había puesto el nombre de Pablo. Esto era bastante impreciso porque Fajardo no podía describir a Presbere: no recordaba si era alto o bajo, gordo o flaco, joven o viejo. Trataba de recordarlo y terminaba diciendo: “Todos esos cholos son iguales”. (Lobo 291)

El éxito de la estrategia de Presbere reside en la incapacidad de los españoles por aprehender la alteridad autóctona que reducen a su extranjería/extrañeza en un proceso de homogeneización étnica racista: “todos esos cholos son iguales”. La extranjería es entonces recíproca, pero la polifonía permite enriquecerla y multiplicarla para subvertir una concepción binaria de las relaciones individuales y comunitarias.

2. Extranjerías multiplicadas y matizadas

La historia de *Asalto al paraíso* no es solamente la del conflicto binario entre dos cosmovisiones, tampoco se reduce a retratar el encuentro violento y desigual entre dos mundos. Como ya lo hemos aludido, la autora plantea una construcción identitaria de los personajes llena de matices. Aquí, demostraremos que la distancia entre autóctonos y españoles no se traduce siempre por una extranjería irreductible y que tampoco la problematización de la identidad concierne solamente al encuentro con autóctonos. En el plano del sentimiento de

extranjería proyectado hacia las poblaciones autóctonas, Pedro es el personaje que expresa más matices y evoluciona más a lo largo de la novela. Nos parece que esta evolución gradual del personaje se desarrolla a través de tres momentos claves que analizaremos a continuación. El primer agente de la evolución de Pedro es Juan de Alas y, en particular, la ternura que los vincula. Juan es el arquetipo de un español abierto a la alteridad, que se aproxima sin miedos a lo extraño y extranjero del Otro indígena. No solo es el que se enamora de la Muda en el convento en Cartago, sino que acaba siendo un agente de evangelización pacífica, altamente crítico de la institución colonial y profundamente interesado por la cosmovisión indígena. Más aún, Juan se transforma en agente intercultural en la medida en que acaba explicando la visión del mundo de los autóctonos de Talamanca a Pedro:

Ellos ordenan el universo al revés, tienen un único dios en el cielo, y no ven que Sibú es imposible sin Surá. [...] Pa-brú pensó en Sibú, el que da la vida con su aliento. [...] Abajo estaba Surá, el guardián del mundo subterráneo al que regresan los muertos. Surá modela a los hombres como el alfarero a la tinaja y, cuando los tiene listos, Sibú sopla el aliento de la vida [...]. (Lobo 13-14)

De nuevo, las voces se construyen en un eco particularmente subversivo en el contexto de la Colonia: las palabras de Juan de Alas responden indirectamente a un discurso ya transmitido al lector mediante la focalización de Presbere en el primer capítulo. Por medio de la organización ficcional, el lector asiste a la transmisión intercultural entre los autóctonos y los españoles más humanos y empáticos como Juan de Alas. De este modo, comparando los dos discursos, el lector puede juzgar las intenciones de Juan y constatar que este respeta el verdadero sentido religioso autóctono. Gracias a la organización polifónica del texto, Tatiana Lobo invierte la cadena de transmisión cultural haciéndola nacer del lado indígena. La reacción de Pedro a este discurso del cura, en ese momento, sigue estando marcada por una concepción colonialista del Otro, pero el personaje de Juan le despierta una forma de fascinación y de ternura que le impide a Pedro rechazarlo totalmente: “Y Pedro lo escuchaba asustado porque Juan decía herejías inconcebibles. [...] A la vez se divertía porque este no había cambiado tanto después de todo: en el fondo seguía siendo un muchachillo travieso y rebelde” (Lobo 221). Aunque Pedro no exprese ningún interés específico hacia la cultura autóctona en este punto, su reacción contrasta particularmente con la respuesta que le había hecho a Juan unos años antes, cuando este ya empezaba a interesarse por la Muda. Cuando Juan quiso aprender la lengua de los indígenas de Talamanca para entender el mundo de la Muda que lo fascinaba tanto, Pedro le había contestado: “No es mucho lo que puede saber una india salvaje que ni siquiera es capaz de hablar. Olvídate de ella” (Lobo 102). La existencia de Juan le demuestra la posibilidad de otra actitud posible hacia el Otro autóctono, lo cual prepara a Pedro para la segunda etapa de su evolución: el encuentro con la Muda. Como ya lo hemos indicado, Catalina, la Muda, es una mujer indígena capturada junto con su hermana Gerónima por los misioneros quienes la hacen trabajar a su servicio como cocinera. Después de que la encuentran en una pos-

tura juzgada indigna con Juan en la cocina, Pedro tiene que llevarla a la misión del padre Rebullida para así apartarla del convento donde causó conmoción. Ella es la mujer que terminará, a pesar de ser muda, cambiando el destino de Pedro ya que éste decide detener la misión de traslado al llegar a una playa y acaba teniendo dos hijos con ella. Un momento clave en la expresión de la extranjería/extrañeza del Otro, simbolizado aquí por la Muda, es cuando Águeda, quien escucha el relato de las aventuras de Pedro, le pide que describa a la Muda:

¿Que cómo era? No lo sé... Era algo difícil de precisar. No era una débil mental como pensé cuando la conocí... Es más, a veces me parecía como un compendio de sabiduría. Poseía algo así como el secreto de todas las cosas, como si siempre estuviera viendo el fondo de las cosas... Y tenía... esa sonrisa... esa dulzura... esa forma de ser que te hacía sentir... como... como si... [...] como si el mundo... la vida... todo tuviera un orden, todo fuese lo mismo, yo, tú, el árbol, el mar... (Lobo 196)

Lo interesante aquí es cómo el diálogo realza la relación entre extranjería y extrañeza en el caso de la Muda. Sin embargo, en ese momento preciso, la sensación de extranjería experimentada por Pedro ya no se traduce por un movimiento de rechazo, sino que, por el contrario, expresa una fascinación sincera por ella, a tal punto que se enamora. Aquí, lo extraño deja de ser motivo de distancia, de rechazo. Es de notar también que la Muda no es solamente extranjera para los españoles por ser autóctona, sino que los propios miembros de su comunidad la rechazan por ser extraña y caminar dormida. De símbolo de la marginalización del autóctono –su mudez ha sido interpretada como imagen del silencio al que fueron condenados los autóctonos en la Historia (ver Marchio 275)–, el personaje de la Muda pasa a ser elogio de lo extraño, inusual, fuera de lo normal, de una extranjería sublime. La última etapa de la evolución identitaria de Pedro es, según nosotros, el encuentro con un niño que podría ser el suyo. Después de que la Muda muere en labor de parto, Pedro, lleno de cólera y de dolor, decide abandonar al hijo nacido. Unos años más tarde, después del regreso de Pedro y su hija a Cartago, los españoles juzgan y ejecutan a Presbere por ser el líder de la insurrección indígena y encarcelan a un gran número de indígenas. Dado su cargo de escribiente, Pedro acompaña al intendente Blas González al acto de bautizo de los prisioneros, después del cual serán repartidos como botín de guerra. Cuando Blas González subraya la presencia de un niño con ojos verdes con el comentario socarrón “Por aquí pasó un pirata” (Lobo 326), Pedro se zambulle en una serie de interrogaciones sobre la identidad de este niño:

Pedro [...] buscaba en la memoria los ojos de su madre. ¿Tenía ojos verdes su madre? Ya no lo recordaba, tampoco el color de los ojos de su padre. A menos que ese niño fuese hijo de un pirata [...] En cualquier caso, ese niño cuya paternidad era tan dudosa, era mestizo y estaba solo. Y podía ser el niño por cuyo nacimiento murió la Muda. (Lobo 327)

La posibilidad de que ese niño sea el hijo que tuvo con la Muda termina de desestabilizar a Pedro, de ahí que libere a los prisioneros indígenas y luego, como acto final, desaparezca. Pedro, quien ha sido principalmente espectador de la empresa colonial hasta aquí, se ve compelido a actuar cuando lo extraño que

resulta el color de los ojos de ese niño indígena para el contexto de la época deja de ser sinónimo de extranjería y se convierte en posibilidad de parentesco. En una interpretación existencialista, Pedro termina admitiendo su propia extranjería para con el resto de la sociedad colonial en ese momento, al encontrarse en parte en medio del grupo de cautivos. Tal toma de conciencia solo puede resultar en un alejamiento definitivo, por lo que la novela termina con la partida de Pedro y su hija.

La problemática de las relaciones identitarias conflictivas entre españoles e indígenas se ve enriquecida por la presencia de otras identidades puestas en tela de juicio o asociadas con una extranjería percibida como sospechosa. Nos parece sumamente interesante que, hasta en las esferas más altas del poder de esta sociedad colonial altamente jerarquizada, la identidad, el origen del individuo, se presente como debiendo responder a una norma. En la lejanía de las tierras americanas lo único que llega de España con regularidad son rumores sobre las batallas por el poder. Hasta para el rey el linaje sigue siendo causa de inquietud: “Cuando, al tiempo, llegó la noticia de que el nuevo rey de España no era un Austria –como había sido la tradición desde que Juana la Loca se casó con Felipe el Hermoso– sino un Borbón, un francés, y que era un tal Felipe V [...], el desconcierto fue total” (Lobo 55). La relegación a una extranjería despreciada no concierne entonces solamente a los autóctonos. Esta anécdota revela la importancia de la filiación en la época, concebida como una identidad, posiblemente despreciada, que se hereda. Que el nuevo Rey de España despierte sospechas por esta razón demuestra lo obsesivo que se vuelve el tema identitario en esa época. Tatiana Lobo demuestra así que no es el encuentro con las poblaciones autóctonas lo que crea en los españoles una inquietud por conservar su hegemonía identitaria asociada con una dominación política y económica, sino que es una característica intrínseca de las sociedades occidentales (ver Hering Torres 458). La historia familiar de Pedro es testimonio de una criminalización de la identidad Otra:

Porque a la Inquisición, experta en averiguar genealogías, no le costaba nada descubrir que Pedro era nieto de uno que murió quemado por seguir la ley de Mahoma, en espléndido auto de fe en la ciudad de Córdoba, con multitudinaria asistencia [...] el niño, desde los hombros de su padre, vio cómo lo amarraban a una gran estaca y le ponían una mordaza sobre la boca para que los que presenciaban el ajusticiamiento no escucharan sus blasfemias. Pedro tenía entonces cuatro años y creyó que aquello era un juego. Con el tiempo supo que el abuelo era una vergüenza familiar que todos disimulaban y encubrían. (Lobo 27)

Esta analepsis contextualiza la forma en la que Pedro se ve obligado a construir una identidad marcada, desde siempre, por la mancha que representa la pertenencia religiosa del abuelo, según el imperativo de la limpieza de sangre en la época. Este hecho revela la violencia de la época en materia de pertenencia religiosa (ver Fonseca Ramírez) y étnica que se exportó a América con el viaje de los colonos. La necesidad de “disimular” y “encubrirlo” determina la existencia de Pedro que acaba viviendo para huir hasta encontrarse con la Muda y resignificar su propia extranjería: termina aceptando que la sociedad a la que

supuestamente pertenece por razones étnicas no acaba de incluirlo totalmente y huye con su hija mestiza, en busca de un tercer espacio menos extranjero.

3. La figura del espejo: el reflejo imposible

Ahora que hemos demostrado que la reflexión de Tatiana Lobo sobre la identidad supera la del encuentro entre españoles y autóctonos, podemos estudiar la manera en que el espejo –una herramienta simbólica por excelencia de la introspección– aparece en la obra. La primera vez que aparece la palabra “espejo” en la novela es la única ocasión en la que se trata del objeto en sí. No representa entonces la oportunidad para el individuo de mirarse a sí mismo, pero sigue siendo simbólico según nosotros. En efecto, el espejo es lo que le permite a un Pedro disfrazado escapar de las cárceles de la Inquisición, estando todavía en España:

Preso dentro del enjambre, vio a un sirviente que batallaba por subir un espejo a una carreta, pidiendo ayuda sin que nadie lo atendiera. No lo pensó dos veces: se subió a la carreta y desde allí sostuvo el espejo hasta que este estuvo bien montado y el sirviente también. [...] Se puso en marcha la caravana y lentamente, una tras otra, las carretas traspasaron el gran portón de macizas rejas que daba acceso al castillo y enfiló por el puente de barcas hacia la puerta de Triana. (Lobo 126)

Aunque no sirva de motor de introspección, el espejo sigue siendo de una importancia fundamental en el recorrido personal de Pedro. En ese momento, Pedro se encuentra disfrazado de médico y el espejo aparece como una oportunidad justo cuando el personaje está, paradójicamente, encubriendo su identidad. Gracias a ese enmascaramiento, logra reunirse con su amigo Servando, la persona que le aconseja cambiarse el nombre para luego huir a América. Desde el principio, en vez de revelar la verdad, el espejo más bien la oculta: sin este elemento, Pedro no hubiera podido subirse a una carreta y huir bajo el pretexto de ayudar a un sirviente.

La palabra “espejo” reaparece más adelante para caracterizar la actitud de la Muda para con Pedro, cuando este trata de tener sexo con ella por primera vez:

No se conmovió cuando él crispó la mano sobre sus tetitas de limón ni cuando estrujó su trasero de manzana, chupándole toda la piel de durazno. Ni se rebeló ni cooperó, ni siquiera acusó recibo. Ella recibía sus caricias como un espejo, un rotar de reflejos, ajena a los estímulos externos, quieta y especular. Para ella no había otro y tenerla era como no tenerla: la muda carecía de sentimientos y era perder el tiempo tratar de seducirla. En el colmo de la impaciencia, Pedro la volcó para arriba y la montó a la brava con la intención de jinetearla por vía violenta, antes de que su impenetrable lejanía le hiciera perder el impulso, porque sentía que ella lo estaba absorbiendo, y él corría el peligro de diluirse igual que los circulitos concéntricos que hacían los guijarros al ser lanzados en el río. (Lobo 162-163)

De nuevo se expone la ambigüedad del personaje de la Muda. Por un lado, la atracción experimentada por Pedro se traduce a través de una violencia sexual evidente, un intento de violación que opone la violencia de Pedro a la “lejanía”

e inmovilidad de la Muda, quien no rechaza al español, pero tampoco consiente el acto sexual. Ya lo hemos visto, la Muda es un personaje altamente misterioso que crea una mezcla de fascinación y rechazo entre los miembros de su comunidad y de la sociedad colonial. No habla y tampoco parece expresar su voluntad de otra manera, por lo que se deja llevar la mayor parte del tiempo por su hermana Gerónima, quien siempre la cuida. Entonces, esta inmovilidad de la autóctona no rompe con su caracterización desde el principio de la novela; sin embargo, la justificación de Pedro parece asentarse en una percepción altamente colonial y machista de la mujer: “la muda carecía de sentimientos y era perder el tiempo tratar de seducirla”, que le permite llevar a cabo el acto violento, sin remordimientos. La evocación del espejo aquí: “Ella recibía sus caricias como un espejo, un rotar de reflejos, ajena a los estímulos externos, quieta y especular” nos parece rica en significaciones. No solo sugiere una superficie fría “ajena a los estímulos externos”, sino que el “rotar de reflejos” y lo “especular” deja entender lo inasible que resulta ser su voluntad e identidad para Pedro y, al mismo tiempo, afirma el poder real que la Muda acaba teniendo, como si nada, sobre Pedro. En esta última interpretación, reencontramos la concepción del espejo como objeto de introspección. La Muda también es un espejo porque le regresa perpetuamente a Pedro una imagen de sí mismo que no lo deja nunca indiferente. Desestabiliza su identidad, aquí de macho colonial dominante, al hacerle sentir que él corre el peligro de “diluirse” en esta identidad construida en una sociedad altamente jerarquizada y superficialmente organizada por criterios políticos. El ser enigmático de la Muda es efectivamente un espejo tendido a Pedro para reorganizar, en cada interacción, su propia identidad. Quien le resulta más extranjero a sus ojos es, paradójicamente, él mismo.

Este poder de la Muda, luego prolongado en su hija Catarina, se confirma con la última evocación del espejo:

él la veía crecer pasando de un idioma a otro, el de Pedro, el de Gerónima, hasta algunos balbuceos en la lengua africana de Babí, cambiando de lengua y de mentalidad: Catarina, la mestiza, la dual, creía que todo el mundo era así, porque no conocía otra cosa. Pedro comenzó a cuestionarse si de veras era él el modelo para los otros, o si cada uno era un modelo diferente y él el peor. Catarina resultaba ser la suma de todos y, tal vez por eso, no pretendía que nadie la imitara. Pedro, intranquilo, se preguntaba sobre la opinión que su hija tenía de él; era el menos apto para pescar, inútil para la cacería, no sabía cocinar y fueron estériles sus intentos de reavivar el fuego un día en que este apareció muerto. Lo único que Pedro había hecho medianamente bien era enseñarle a Catarina las letras y los números, y esos conocimientos resultaban, dentro de su forma de vida, algo así como un elemento decorativo. Turbado porque tenía una hija que sabía muchas cosas más que él, se fue Pedro un día a contárselo a la Muda. Y allí, sentado sobre la tumba de los corales, se le ocurrió que tampoco tenía la menor idea, porque antes nunca le preocupó, de lo que la Muda había pensado de él: “¡Vaya yo a saber”, le dijo, “a través de qué espejo deforme me viste y me quisiste y lo que de mí pensaste!” (Lobo 224-225)

En este extracto, el espejo es, de nuevo, lo que vuelve la realidad inasible, lo que no deja de transformarla y alejarla. Pero en esta ocasión, por primera vez, como él mismo lo confiesa, Pedro se interroga sobre las concepciones y percepciones de la Muda. Al hacerlo, toma conciencia de la distancia, de la extranjería que lo alejaba de ella. Ya no se trata de Pedro juzgando a los autóctonos a través de esta alteridad fundamentalmente étnica y política, sino que ahora se invierte la relación y lo que inquieta a Pedro es la distancia que ha podido sentir la Muda hacia él. En esta instancia, la alusión al espejo, dada la multiplicación de la imagen que propicia, funciona como metáfora de las cosmovisiones que Pedro valora por primera vez gracias a la maleabilidad de su hija: “Pedro comenzó a cuestionarse si de veras era él el modelo para los otros, o si cada uno era un modelo diferente y él el peor”. Definitivamente, los Otros marginales, autóctonos, negros y su hija mestiza, son los que revelan las fragilidades de Pedro. Asimismo, estas últimas se resignifican en este nuevo contexto en el que él se encuentra en desventaja: “era el menos apto para pescar, inútil para la cacería, no sabía cocinar y fueron estériles sus intentos de reavivar el fuego”. Gracias al espejo inasible de la Muda y de su mundo, Pedro toma conciencia de su ineptitud. La extranjería que siente esta vez hacia los negros y autóctonos que lo rodean se traduce por un sentimiento de inferioridad, opuesto a la mirada lasciva que proyectaba sobre las mujeres al principio de la novela.

Conclusiones

Si la época evocada y las conciencias expuestas –retomando la terminología bakhtiniana–, hacen de *Asalto al paraíso* una novela fundamental para repensar la identidad costarricense, la elección de una estructura polifónica y la multiplicación de las identidades interrogadas hacen de la obra una exploración particularmente íntima de lo que el individuo puede sentir al confrontarse con el Otro, que este se encuentre frente a él o dentro de sí mismo. De esta manera, Tatiana Lobo demuestra cómo las identidades individuales, comunitarias y nacionales se encuentran en un movimiento perpetuo de construcción y deconstrucción según las etapas de la vida individual o nacional. Lobo no solo mezcla de manera transgresora conciencias opuestas y conflictivas en la misma obra, sino que las hace converger y oponerse en el mismo ser: Pedro Albarán. Cuando la interrogamos sobre el sentido de tal personaje, nos contestó lo siguiente:

“Madame Bovary c’est moi”, la famosa frase de Stendhal. Bueno, Pedro Albarán soy yo, es decir, toda mi sorpresa frente al paisaje tropical con sus selvas densas, es la mía, mi sorpresa. El enamoramiento de la muda simboliza mi enamoramiento de las comunidades indígenas, de la cultura indígena, de los valores de esta cultura que son sobre todo unos valores de solidaridad extraordinaria, o sea Pedro Albarán fue una metáfora de mis propias experiencias. (Boyer 711)

Al transponer sus vivencias y su humanidad a su labor literaria, Tatiana Lobo ofrece un retrato sincero de lo aleatorio de la identidad y de su fluidez, a través de la evolución de Pedro. Nos enseña que la identidad de una nación, por más mitificada que sea, se compone ante todo de individuos que pueden llevar al extranjero dentro de sí.

Obras citadas

- Acuña Ortega, Víctor Hugo. “La invención de la diferencia costarricense, 1818-1870”. *Antología del pensamiento crítico costarricense contemporáneo*. Coords. Montserrat Sagot y David Díaz Arias. Buenos Aires: CLACSO, 2002. 45-73. Impreso.
- Bakhtine, Mikhaïl. *Problèmes de la poétique de Dostoïevski*, trad. Guy Verret. Lausanne: Éditions l'Âge d'Homme, 1970. Impreso.
- Bakhtine, Mikhaïl. *Esthétique et théorie du roman*, trad. Olivier Daria. Paris: Gallimard, 1978. Impreso.
- Boyer, Emilie. “Altérités et identités: la représentation des autochtones dans neuf romans centraméricains contemporains (1985-2012)”. Tesis de doctorado. Aix-Marseille Université, Aix-en-Provence, 2022. Impreso.
- Fonseca Ramírez, Ana Lucía. “La Inquisición en *Asalto al Paraíso*”. *Revista Comunicación* 12.23 (2002): 50-58. Impreso.
- González Muñoz, Irene. “Un asalto al discurso histórico. La práctica escritural de Tatiana Lobo”. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 38.1 (2013): 35-45. Impreso.
- Hering Torres, Max. “Color, pureza, raza: la calidad de los sujetos coloniales”. *La cuestión colonial*. Coord. Heraclio Bonilla. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011. 451-470. Impreso.
- Lienhard, Martin. *La voz y su huella: escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1498-1988)*. Hanover: Ediciones del Norte, 1991. Impreso.
- Lobo, Tatiana. *Asalto al paraíso*. San José: Editorial Costa Rica, 2015. Impreso.
- Marchio, Julie. “De l'esthétique de la trace: Mémoire, Histoire, Récit dans l'oeuvre de six romancières centraméricaines actuelles (1990-2007)”. Tesis de doctorado. Aix-Marseille Université, Aix-en-Provence, 2014. Impreso.
- Montejo, Victor. *Mayalogue*. Albany: State University of New York, 2021. Impreso.
- Salas Zamora, Edwin, y Seley Ramírez Gätgens. “Génesis de la identidad costarricense en *Asalto al paraíso*”. *Letras* 35 (2003): 117-131. Impreso.
- Salazar Horr, Marlene. “Dos miradas hacia el pasado: *Réquiem en Castilla del Oro* y *Asalto al paraíso*: conquista y colonia, desmitificaciones de la historia del poder”. *Revista Herencia* 30.2 (2017): 29-46. Impreso.
- Solórzano Fonseca, Juan Carlos. “La rebelión de los indígenas bajo la dirección de Pablo Presbere (Talamanca 1709-1710)”. *Cuadernos de antropología* 21.1 (2011): s.p. Web.
- Todorov, Tzvetan. *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. Paris: Seuil, 1982. Impreso.